

# El libro talonario

Pedro Antonio de Alarcón



La acción comienza en Rota. Rota es la más pequeña de aquellas lindas poblaciones que forman el gran semicírculo de la bahía de Cádiz;<sup>1</sup> pero a pesar de ser la menor, el gran duque de Osuna la prefirió, construyendo allí su famoso castillo que yo podría describir piedra por piedra... Pero no se trata aquí de castillos ni de duques, sino de los campos que rodean a Rota y de un humildísimo hortelano, a quien llamaremos el tío *Buscabeatas*, aunque no era éste su verdadero nombre.

De los fértiles campos de Rota, particularmente de las huertas, salen las frutas y legumbres que llenan los mercados de Huelva<sup>2</sup> y de Sevilla.<sup>3</sup> La calidad de sus tomates y calabazas es tal que en Andalucía<sup>4</sup> siempre llaman a los roteños<sup>5</sup> *calabaceros* y *tomateros*, nombres que ellos aceptan con orgullo.

Y, a la verdad, razón tienen para sentir orgullo; pues es el caso que aquella tierra de Rota que tanto produce, es decir, la tierra de las huertas, aquella tierra que da tres o cuatro cosechas al año, no es tierra, sino arena pura y limpia, salida del océano, soplada por los furiosos vientos del Oeste y esparcida así sobre toda la región roteña.

1. **Cádiz:** ciudad y puerto en el sur de España.
2. **Huelva:** provincia y pueblo en el sur de España.
3. **Sevilla:** ciudad en el sur de España y capital de la región de Andalucía.
4. **Andalucía:** región del sur de España.
5. **roteños:** personas de la pequeña ciudad de Rota.

## ADUÉÑATE DE ESTAS PALABRAS

**hortelano** *m.*: persona que cultiva una huerta.  
**esparcida, -do** *adj.*: distribuida sobre un área, des-  
parramada.

Tengo que localizar la bahía de Cádiz en un mapa.

Si el escritor no quiere hablar acerca del castillo, ¿por qué lo menciona?

Me pregunto si los tomates y las calabazas se recolectan durante la misma época.

¿Cómo puede cosecharse algo en pura arena?

Pero la ingratitud de la naturaleza está allí más que compensada por la constante laboriosidad del hombre. Yo no conozco, ni creo que haya en el mundo, labrador que trabaje tanto como el roteño. Ni siquiera un pequeño arroyo corre por aquellos melancólicos campos... ¿Qué importa? ¡El calabacero ha hecho muchos pozos de donde saca el precioso líquido que sirve de sangre a sus legumbres! ¡El tomatero pasa la mitad de su vida buscando sustancias que puedan servir de abono! Cuando tiene ambos elementos, el agua y el abono, el hortelano de Rota empieza a fertilizar pequeñísimos trozos de terreno, y en cada uno de ellos siembra un grano de tomate o una pepita de calabaza, que riega luego a mano, como quien da de beber a un niño.

Desde entonces hasta la cosecha, cuida diariamente una por una las plantas que allí nacen, tratándolas con un cariño sólo comparable al de los padres por los hijos. Un día le añade a tal planta un poco de abono; otro le echa un jarro de agua; hoy mata los insectos que se comen las hojas; mañana cubre con cañas y hojas secas las que no pueden resistir los rayos del sol o las que están demasiado expuestas a los vientos del mar. Un día cuenta los tallos, las flores y hasta los frutos de las más precozes, otro día les habla, las acaricia, las besa, las bendice y hasta les pone expresivos nombres para distinguirlas e individualizarlas en su imaginación.

Sin exagerar; es ya un proverbio (y lo he oído repetir muchas veces en Rota) que el hortelano de aquel país *toca por lo menos cuarenta veces al día con su propia mano cada planta de tomates que nace en su huerta*. Y así se explica que los hortelanos de aquella localidad lleguen a quedarse encorvados hasta tal punto, que sus rodillas casi le tocan la barba.

\* \* \*

Pues bien; el tío *Buscabeatas* era uno de estos hortelanos.

Principiaba a encorvarse en la época del suceso que voy a referir. Tenía ya sesenta años...y había pasado cuarenta labrando una huerta próxima a la playa.

Aquel año había criado allí unas enormes calabazas que ya principiaban a ponerse amarillas, lo cual quería decir que era el mes de junio. Conocías perfectamente el tío *Buscabeatas* por la forma, por su color y hasta por el nombre, sobre todo las cuarenta más gordas y amarillas, que ya estaban diciendo *guisadme*.<sup>6</sup>

—¡Pronto tendremos que separarnos!— es decía con ternura mientras las miraba melancólicamente.

6. **guisadme**: mandato afirmativo del verbo «guisar» en la forma de «vosotros».

---

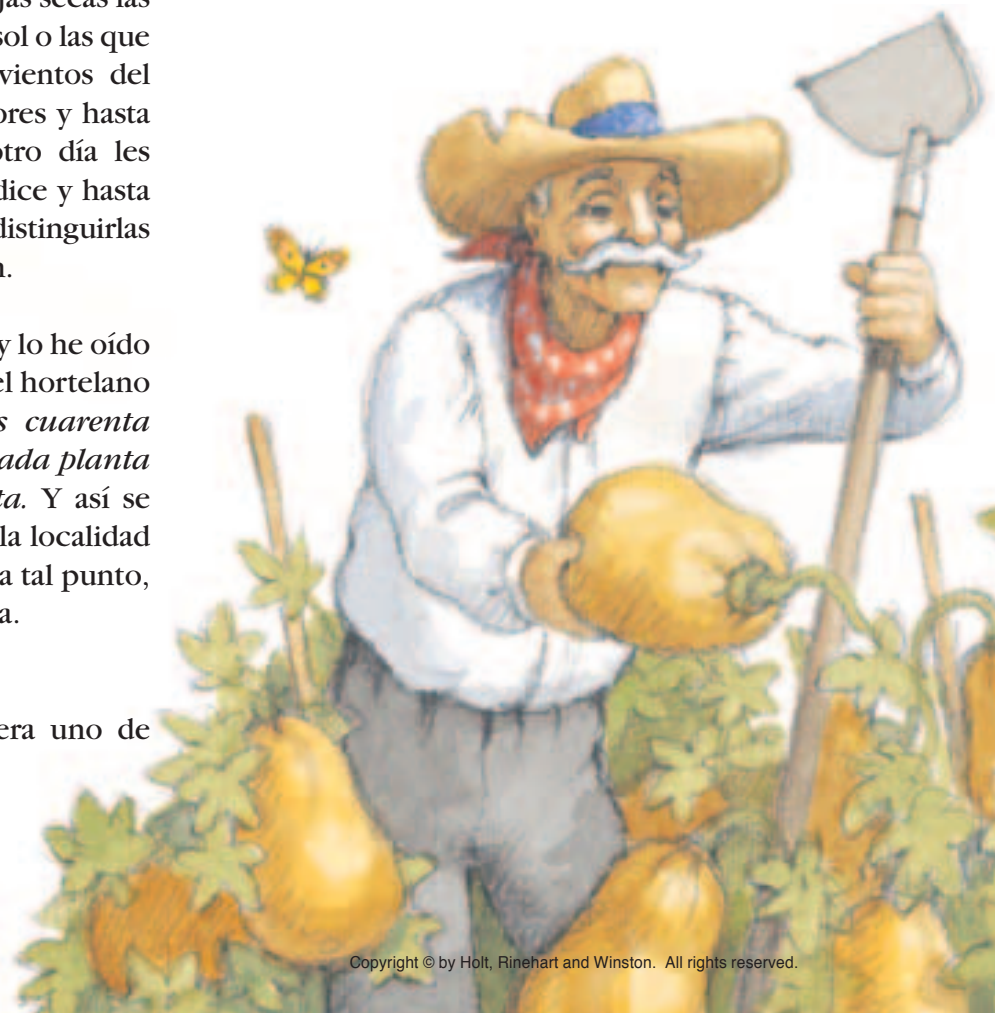
### ADUÉÑATE DE ESTAS PALABRAS

**laboriosidad** *f.*: aplicación al trabajo.

**precoz** *adj.*: que madura antes de tiempo.

**proverbio** *m.*: refrán.

---







Al fin, una tarde se resolvió al sacrificio y pronunció la terrible sentencia.

— Mañana — dijo — cortaré estas cuarenta y las llevaré al mercado de Cádiz. ¡Feliz quién se las coma!

Se marchó luego a su casa con paso lento y pasó la noche con las angustias de un padre que va a casar una hija al día siguiente.

— ¡Pobres calabazas mías! — suspiraba a veces sin poder dormirse. Pero luego reflexionaba, y concluía por decir —: Y ¿qué he de hacer, sino venderlas? ¡Para eso las he criado! ¡Valdrán por lo menos quince duros!<sup>7</sup>

Figúrese, pues, cuál sería su asombro, cuánta su furia y cuál su desesperación, cuando, al ir a la mañana siguiente a la huerta, halló que, durante la noche, le habían robado las cuarenta calabazas. Púsose a calcular fríamente, y comprendió que sus calabazas no podían estar en Rota, donde sería imposible venderlas sin peligro de que él las reconociese.

7. **duro**: moneda española que vale cinco pesetas.

— ¡Como si lo viera, están en Cádiz! — se dijo de repente —. El ladrón que me las robó anoche a las nueve o a las diez se ha escapado en el *barco de la carga*... ¡Yo saldré para Cádiz hoy por la mañana en el *barco de la hora*, y allí cogeré al ladrón y recobraré a las hijas de mi trabajo!

Así diciendo, permaneció todavía unos veinte minutos en el lugar de la catástrofe, contando las calabazas que faltaban, hasta que, a eso de las ocho, partió con dirección al muelle.

Ya estaba dispuesto para salir el *barco de la hora*, pequeña embarcación que conduce pasajeros a Cádiz todas las mañanas a las nueve, así como el *barco de la carga* sale todas las noches a las doce, llevando frutas y legumbres. Llámase *barco de la hora* el primero, porque en una hora, y a veces en menos tiempo, cruza las tres leguas que hay entre Rota y Cádiz.

\* \* \*

Eran, pues, las diez y media de la mañana cuando se paraba el tío *Buscabeatas* delante de un puesto de verduras del mercado de

Cádiz, y le decía a un policía que iba con él:

— ¡Éstas son mis calabazas! ¡Coja usted a ese hombre! Y señalaba al vendedor.

— ¡Cogerme a mí! — contestó éste, lleno de sorpresa —. Estas calabazas son mías: yo las he comprado...

— Eso podrá usted decírselo al juez — contestó el tío *Buscabeatas*.

— ¡Que no!

— ¡Que sí!

— ¡Tío ladrón!

— ¡Tío tunante!<sup>8</sup>

— ¡Hablen ustedes con más educación! ¡Los hombres no deben insultarse de esa manera! — dijo con mucha calma el policía, dando un puñetazo en el pecho a cada uno.

En esto ya se habían acercado algunas personas, y entre ellas estaba el jefe bajo cuya autoridad están los mercados públicos. Informado el jefe de todo lo que pasaba, preguntó al vendedor con majestuoso acento:

— ¿A quién le ha comprado usted esas calabazas?

— Al tío Fulano, vecino de Rota... — respondió el vendedor.

— ¡Ése había de ser! — gritó el tío *Buscabeatas* —. ¡Cuando su huerta, que es muy mala, le produce poco, roba en la del vecino!

— Pero, suponiendo que a usted le hayan robado anoche cuarenta calabazas — dijo el jefe, dirigiéndose al hortelano —, ¿cómo sabe usted que éstas, y no otras, son las suyas?

— ¡Vamos! — replicó el tío *Buscabeatas* —. ¡Porque las conozco como conocerá usted a sus hijas, si las tiene! ¿No ve usted que las he criado? Mire usted: ésta se llama *Rebolanda*; ésta, *Cachigordeta*; ésta, *Barrigona*; ésta, *Coloradilla*; ésta, *Manuela*..., porque se parecía mucho a mi hija menor.

Y el pobre viejo se echó a llorar como un niño.

— Todo eso está muy bien — dijo el jefe —; pero la ley no se contenta con que usted re-

conozca sus calabazas. Es necesario que usted las identifique con pruebas indisputables... Señores, no hay que sonreírse... ¡Yo soy abogado!

— ¡Pues verá usted qué pronto le pruebo yo a todo el mundo, sin moverme de aquí, que esas calabazas se han criado en mi huerta! — dijo el tío *Buscabeatas*.

Y echando al suelo un saco que llevaba en la mano, se arrodilló y empezó a desatarlo tranquilamente. La curiosidad de todos los que le rodeaban era grande.

— ¿Qué va a sacar de ahí? — se preguntaban todos.

Al mismo tiempo llegó otra persona a ver qué pasaba en aquel grupo, y al verla el vendedor exclamó:

— ¡Me alegro de que llegue usted, tío Fulano! Este hombre dice que las calabazas que me vendió usted anoche son robadas. Conteste usted...

El recién llegado se puso más amarillo que la cera, y trató de irse, pero los demás se lo impidieron, y el mismo jefe le mandó quedarse.

En cuanto al tío *Buscabeatas*, ya se había encarado con el supuesto ladrón diciéndole:

— ¡Ahora verá usted lo que es bueno!

El tío Fulano, recobrando su sangre fría, le replicó:

— Usted es quien ha de ver lo que habla; porque, si no prueba su acusación, como no podrá hacerlo, irá a la cárcel. Estas calabazas eran mías; yo las he criado, como todas las que he traído este año a Cádiz, en mi huerta, y nadie podrá probarme lo contrario.

— ¡Ahora verá usted! — repitió el tío *Buscabeatas*, acabando de desatar el saco.

Rodaron entonces por el suelo una multitud de tallos verdes, mientras que el viejo hortelano, sentado sobre sus pies, hablaba así al pueblo allí reunido:

— Caballeros: ¿no han pagado ustedes nunca contribución?<sup>9</sup> ¿Y no han visto aquel libro verde que tiene el recaudador, de

8. **tunante:** bribón; sinvergüenza.

9. **contribución:** impuesto que pagan las personas por ciertos servicios.

donde va cortando recibos, dejando siempre pegado en el libro un pedazo para poder luego probar si tal recibo es falso o no lo es?

— Lo que usted dice se llama el libro talonario, — dijo gravemente el jefe.

— Pues eso es lo que yo traigo aquí: el libro talonario de mi huerta, o sea los tallos a que estaban unidas estas calabazas antes de que me las robara ese ladrón. Y, si no, miren ustedes. Este tallo es de esta calabaza... Nadie puede dudarlo... Éste otro...ya lo están ustedes viendo...es de ésta otra... Éste más ancho...es de aquélla... ¡Justamente! Y éste de ésta... Ése, de ésa...

Y mientras que hablaba, iba pegando el tallo a las calabazas, una por una. Los espectadores veían con asombro que, efectivamente, los tallos correspondían exactamente a aquellas calabazas, y entusiasmados por tan extraña prueba todos se pusieron a ayudar al tío *Buscabeatas* exclamando:

— ¡Nada! ¡Nada! ¡No hay duda! ¡Miren ustedes! Éste es de aquí... Ése es de ahí... Aquélla es de éste... Ésta es de aquél...

Las carcajadas de los hombres se unían a los silbidos de los chicos, a los insultos de las mujeres, a las lágrimas de triunfo y de alegría del viejo hortelano y a los empujones que los policías daban al convicto ladrón.

Excusado es decir que además de ir a la cárcel, el ladrón tuvo que devolver los quince duros que había recibido al vendedor, y que éste se los entregó al tío *Buscabeatas*, el cual se marchó a Rota contentísimo, diciendo por el camino:

— ¡Qué hermosas estaban en el mercado! He debido traerme a *Manuela*, para comérmela esta noche y guardar las pepitas.

## CONOCE AL ESCRITOR

**Pedro Antonio de Alarcón** (1833–1891) nació en Guadix, en la provincia de Granada. Estudió para hacerse sacerdote, pero ya en su adolescencia empezó a tomarse en serio su afición por la literatura. A la edad de veinte años dejó su hogar y se trasladó a Madrid, donde comenzó a editar un periódico que ridiculizaba a la reina Isabel II. Este periódico antimonárquico no sólo aumentó su fama como escritor, sino que también le causó verse envuelto en retos y duelos. En 1860 se alistó en el ejército como voluntario y fue enviado a África, donde resultó herido.

Alarcón se inspiró en sus experiencias de la guerra para escribir *Diario de un testigo en la guerra de África*. El éxito que alcanzó con este libro le permitió viajar a Italia. Sus viajes le sirvieron también de inspiración para su siguiente libro, *De Madrid a Nápoles*.



Editorial La Muralla, S.A.

En 1874 se manifestó públicamente a favor de la restauración de Alfonso XII y en reconocimiento de este gesto fue nombrado consejero de estado. Pudo entonces dedicarse con entera libertad a la literatura, y así escribió algunas de las novelas más queridas y encantadoras de la literatura española, entre las cuales se encuentran *El sombrero de tres picos* (1875), *El niño de la bola* (1880), *El capitán Veneno* (1881) y *La pródiga* (1882). Con estas novelas cautivó a los lectores por su imaginación y su comprensión de la naturaleza humana.